

UNIVERSIDAD TEOLÓGICA DEL CARIBE
ESCUELA GRADUADA DRA. LUZ M. RIVERA MIRANDA

DISCUSIÓN CRÍTICA SEMANA 2

ESTE TRABAJO ES PRESENTADO AL
DR. CARLOS COLÓN, PHD EN CUMPLIMIENTO DE
LOS REQUISITOS DEL CURSO MEL 605.773
LIDERAZGO PASTORAL Y CULTURA ORGANIZACIONAL

POR

BRYAN J. ROSADO SANTOS

SAINT JUST, P. R.

NOVIEMBRE 16, 2025

BUSCANDO UN MODELO DE CULTURA ORGANIZACIONAL

Durante este estudio he podido reflexionar profundamente sobre dos modelos que, aunque buscan fortalecer la vida de la iglesia, parten de premisas muy distintas y revelan visiones diferentes de lo que significa crecer y ser efectivos en la misión. Por un lado, el Desarrollo Natural de la Iglesia presenta una propuesta centrada en principios orgánicos, espirituales y cualitativos que apuestan por un crecimiento que fluye desde la esencia misma de la comunidad de fe. Por otro lado, el modelo de la Iglesia Emergente surge como respuesta a una cultura posmoderna en constante cambio, levantando preguntas sobre cómo alcanzar a generaciones que ya no se conectan con las formas tradicionales de hacer iglesia. Al comparar ambos enfoques, encuentro elementos valiosos que enriquecen la tarea pastoral, pero también observo tensiones y limitaciones que necesitan ser consideradas con seriedad si deseamos construir ministerios sanos, contextualizados y fieles al evangelio.

El Desarrollo Natural de la Iglesia propone que el crecimiento no es algo que pueda ser producido artificialmente por estrategias humanas, sino una dinámica que se da de manera natural cuando se reducen las resistencias que impiden que el potencial dado por Dios florezca. Este modelo utiliza la metáfora biológica para explicar que así como en la creación existen leyes que rigen los procesos orgánicos, también en la iglesia hay principios espirituales que, cuando se alinean con la voluntad de Dios, generan fruto sin necesidad de manipular los resultados. La idea del crecimiento “automático”, entendido como aquel que ocurre por la obra de Dios en medio de una comunidad saludable, invita a los líderes a evaluar la calidad espiritual antes que la cantidad numérica. Por ello, las ocho características cualitativas, como el liderazgo empoderador, los ministerios según los dones, la espiritualidad ferviente, las estructuras funcionales, los grupos

pequeños holísticos y el evangelismo a las necesidades, buscan medir la salud interna de la iglesia. Este énfasis me parece sumamente pertinente, ya que en ocasiones las congregaciones se enfocan tanto en alcanzar números, programas y eventos que pierden de vista lo esencial: la madurez espiritual, la unidad y la vitalidad interna del cuerpo de Cristo.

La Iglesia Emergente, en cambio, no parte de una metáfora orgánica, sino de una profunda inquietud misionera ante una cultura que ya no responde a los métodos tradicionales. Se reconoce que vivimos en un tiempo donde muchas personas no tienen trasfondo cristiano, no asisten a las iglesias y en algunos casos sienten desconfianza hacia la institución religiosa. El ejemplo de jóvenes como Sky, que expresa abiertamente no ser cristiano, revela la distancia entre la iglesia moderna y las generaciones emergentes. Este modelo insiste en que para alcanzar a estas personas no basta con ajustar métodos o estilos de adoración, sino que es necesario un replanteamiento completo de cómo concebimos la iglesia, el discipulado y la misión. La Iglesia Emergente destaca que no existe un solo modelo, sino múltiples expresiones contextualizadas. Esto refleja una sensibilidad misionológica importante, pues recuerda que Dios puede obrar de maneras diversas en entornos distintos, y que lo relevante no es la forma externa, sino la formación de discípulos que encarnen la justicia, el amor y la esperanza del Reino.

Mientras el Desarrollo Natural de la Iglesia enfatiza lo interior –la calidad, la salud, el carácter y los procesos espirituales–, la Iglesia Emergente recalca lo exterior: la relevancia, el diálogo con la cultura y la conexión con aquellos que están lejos de la fe. Ambos modelos tienen fortalezas claras. Uno recuerda la importancia de profundizar, cuidar la vida espiritual y cultivar una comunidad saludable que permita que Dios haga crecer la iglesia. El otro nos invita a levantar la mirada, reconocer los cambios sociales y culturales, y asumir una postura misionera fresca, creativa y encarnada. Considero que ambas perspectivas son necesarias, ya que una

iglesia saludable que no mira hacia su misión se puede convertir en una comunidad estancada o autosuficiente; mientras que una iglesia demasiado enfocada en la cultura corre el riesgo de perder profundidad espiritual o identidad doctrinal.

Claro está, al analizarlos críticamente también surgen preocupaciones legítimas. El modelo de Desarrollo Natural, aunque valioso, puede entenderse erróneamente como un sistema demasiado estructurado, casi matemático, donde el crecimiento espiritual se mide únicamente por ocho factores. Esto puede llevar a una visión reduccionista de la vida cristiana, olvidando que Dios obra de maneras que a veces no se pueden catalogar dentro de un instrumento. Además, su énfasis en lo orgánico puede subestimar la necesidad urgente de responder a una cultura en transformación. Una iglesia puede tener buena salud interna y aun así no lograr un impacto misionero si no desarrolla sensibilidad hacia su entorno. En cuanto a la Iglesia Emergente, aunque valiosa por su enfoque contextual, enfrenta el riesgo de caer en ambigüedad teológica o relativismo cuando intenta adaptarse demasiado a la posmodernidad. Algunas expresiones emergentes pueden priorizar tanto la experiencia, el arte o el diálogo cultural que descuidan la enseñanza bíblica sólida y la disciplina espiritual. Su mismo rechazo a estructuras tradicionales puede, en algunos casos, producir comunidades inestables o sin continuidad pastoral.

A pesar de estas limitaciones, encuentro que ambos modelos ofrecen lecciones significativas para el liderazgo pastoral. El Desarrollo Natural me recuerda que la tarea del líder no es producir crecimiento por obligación, sino crear un ambiente donde el Espíritu Santo pueda obrar sin obstáculos. Una iglesia con estructuras sanas, relaciones fuertes y espiritualidad genuina es terreno fértil para la obra de Dios. A su vez, la Iglesia Emergente me desafía a salir de la comodidad, a comprender la realidad cultural que enfrentan los jóvenes y adultos de esta generación, y a proclamar el evangelio de una manera que conecte con sus preguntas, sus heridas

y sus búsquedas. Es un llamado a ser una iglesia misionera que vive en el mundo con propósito, creatividad y compasión.

Al considerar todo esto, concluyo que la iglesia del siglo XXI necesita un equilibrio maduro entre ambos enfoques. Por un lado, una vida interna profunda, saludable y guiada por principios espirituales sólidos; por el otro, una conciencia misionera que no teme repensar su forma de relacionarse con la cultura. La combinación de una espiritualidad robusta y una misión contextualizada puede dar lugar a congregaciones que no solo crecen en número, sino que transforman vidas de manera significativa. Mi deseo como pastor es poder cultivar una iglesia que abraza la profundidad espiritual que propone el Desarrollo Natural de la Iglesia, mientras mantiene la sensibilidad misionera y la apertura al cambio que promueve la Iglesia Emergente. Ambas perspectivas, cuando se integran sabiamente, nos permiten ser fieles al evangelio y relevantes para la generación que Dios nos ha llamado a servir.